NECROLOGIA

RECORDANDO AL EXCMO. SR. MARQUES DE BOLARQUE

Excmo. Sr. D. Luis de Urquijo y Landecho. Marqués de Bolarque

I

NECROLOGIA ESCRITA POR EL SECRETARIO PERPETUO MONSEÑOR FEDERICO SOPEÑA

Bien luctuoso fue para nuestra Corporación el primer semestre del año 1975, pues en el brevísimo espacio de unos meses bajaron a la tumba en febrero D. Luis Menéndez Pidal y en mayo D. José María de Navascués y D. Francisco de Cossío. En las postrimerías del año anterior perdimos a D. Florentino Pérez-Embid y el 7 de julio, iniciadas ya las vacaciones veraniegas, al Marqués de Bolarque, D. Luis de Urquijo y Landecho. Esta última pérdida fue muy dolorosa para la Corporación académica y de un modo muy singular para la sección musical. Así lo expuse, lleno de pena, cuando reanudadas las sesiones semanales tras la vuelta del otoño estuvo dedicada la primera a la memoria de tan querido compañero.

Tras la misa oficiada en memoria suya le dediqué la necrología verbal que amplío a continuación.

Este inolvidable compañero había desarrollado una labor tan singular como encomiástica bajo un doble aspecto, pues él la realizó en el mundo de la aristocracia y en el de las finanzas como se recuerda siempre con fervor. En sus años juveniles conoció el esplendor del Palacio de Llodio, perteneciente a su padre el Marqués de Urquijo. Intimo del Monarca y Grande de España, Bolarque introdujo la música en las fiestas de aquella prócer mansión, consagrándose allí el dúo instrumentista formado por el violinista Costa y el pianista Terán, intérpretes bien famosos en su tiempo. Sobrino del Presidente de la Sociedad Filarmónica Bilbaína, Conde de

Superunda, vivió con plenitud aquel exquisito ambiente musical. Con tanto deleite como provecho estudió música, resaltando entre sus profesores el catedrático del Conservatorio D. José María Guervós, y cantó no pocas veces en representaciones privadas. También cultivó la literatura y entre sus producciones de esta especie merece singular mención la zarzuela con letra suya y de Jacinto Miquelarena, a la cual pondría música el popular compositor Juan Tellería, siendo estrenada en el madrileño Teatro Calderón el 8 de diciembre de 1934, con la particularidad de que cierto personaje de la obra apodado *Beethoven* era un ciego anciano muy elegante y tocado con sombrero de copa que tenía gran afición a la música.

Al reanudarse la paz, tras nuestra guerra civil, fue su hogar un centro de reunión para los músicos más destacados, festejándose allí de un modo bien singular el *Concierto de Aranjuez*, la obra maestra, según muchos, del maestro Joaquín Rodrigo. Por otra parte, sería decisiva su ayuda en la fulgurante ascensión de Ataulfo Argenta, pues aquél fue fundador y presidente de la madrileña Orquesta de Cámara en la que éste afirmó la personalidad que luego le granjearía mundial reputación con su batuta. También concedió eficacísimas becas a Tellería y Argenta, a las cantantes Teresa Berganza e Inés Rivadeneyra, al pianista Joaquín Achúcarro y a otros intérpretes más. Se debe recordar la Sociedad de Estudios y Publicaciones fundada por él, así como sus esfuerzos para restaurar la histórica casa de las Siete Chimeneas y para conservar el noble edificio de la Casa Urquijo.

Leyó Bolarque su discurso de ingreso en nuestra Corporación el día 3 de marzo de 1968, poniéndole un título psicológico: "Destino e ilusión para la obra artística". Por haber sucedido en la Academia a S. A. R. el Infante D. Eugenio de Baviera y Borbón, con quien durante años había compartido el amor a la música, según sus palabras el Infante concebía la música como un valor absoluto y destinó su existencia a conocer más la música que la vida misma. En realidad, al escribir estas palabras, hizo el Marqués de Bolarque su retrato personal sin darse cuenta de ello acaso. Entrando luego de lleno en su discurso trazó rasgos históricos apenas cono-

cidos hoy. Recordó que hace más de dos mil años Mecenas, el confidente del Emperador Octavio Augusto y prócer humilde y muy sencillo, había sido el modelo supremo de cuantos en el porvenir dedicarían su vida y su talento a estimular las tareas de los creadores artísticos en variadas manifestaciones y que se mantiene vivo el recuerdo de aquella personalidad. Igualmente hábil era en los negocios y en la política, dada su sensibilidad para distinguir el verdadero talento del que no lo es. Así se expresó más adelante en aquel discurso: "Nada tiene que ver el mecenazgo con cualquier concepto salarial de la oferta y demanda, cuyo planteamiento, en términos groseros, diría: "Tú me das arte, yo te doy dinero", porque la misión principal del mecenas es la exigencias del arte y el estímulo de la inspiración."

El último párrafo de aquel discurso de recepción insiste en que el mecenazgo es consejo, ilusión compartida por protector y protegido, gran afán de trabajo, calor humano, afección a la persona y a la amistad. Estas palabras podrían reflejar el retrato psicológico de aquel insigne prócer y entusiasta Académico que poseía el título de Marqués de Bolarque.

II

NECROLOGIA ESCRITA POR EL BIBLIOTECARIO PERPETUO DON JOSE SUBIRA

Como expuso nuestro Secretario Monseñor Sopeña con emoción profunda los méritos artísticos y las virtudes ejemplares del Marqués de Bolarque —que durante siete años había sido miembro numerario de nuestra Corporación y que tan intensamente había colaborado espiritual y crematísticamente en pro del arte musical con firme entusiasmo e inagotable tesón—, huelga repetir esos elogios, tan distintos y tan distantes de aquellos otros puramente formularios que se prodigan con frecuencia, pero quiero evocar la memoria de tan estimado compañero asociándola con mi amor a los autógrafos de auténticas personalidades.

Descontando aquellos de Bolarque existentes en mi colección por tratarse de felicitaciones navideñas, hay dos que mencionaré ahora.

Al aproximarse la fecha de su proclamación académica me dedicó y me regaló un ejemplar de su zarzuela *El joven piloto,* con música del compositor Juan Tellería, y le puso esta cordial dedicatoria: "Para don José Subirá, mi buen amigo y buen padrino, *Luis Bolarque.*"

El segundo testimonio es una carta mecanografiada con la firma autógrafa del remitente al pie. Si ciertas frases acogidas allí pudieran parecer una profesional irreverencia del financiero, las invalidarían la devoción artística y el afecto personal. Motivó aquella carta el homenaje que por partida doble me rindió en mayo de 1970 nuestra Corporación, como habría de informar el Boletín "ACADEMIA" muy extensamente. Varias vitrinas expusieron numerosas producciones mías, resaltando entre los manuscritos autógrafos la partitura de voces y orquesta y su reducción pianística de mi cantata *Rayo de luna,* compuesta para opositar a una plaza de pensionado en la Academia de Bellas Artes de Roma, que se cantó públicamente en el Conservatorio cuando alboreaba el año 1905 y que desde entonces los conserva nuestra biblioteca corporativa. Y en el estrado de la sala principal se cantaron dos tonadillas del siglo XVIII —*El majo y la italiana fingida,* de Laserna, y *Garrido enfermo y su testamento,* de Esteve— transcritas y publicadas por mí, representándolas unos alumnos de D.ª Dolores Rodríguez de Aragón vestidos a la usanza de aquel siglo, así como el pianista acompañante, y presidiendo aquel acto evocativo *La Tirana,* de Goya, lienzo que volvería después a la sala del museo.

No doy estos detalles por candidez pueril ni por vanidosa petulancia, sino porque aquello impulsó la carta de referencia, cuyo texto dice así:

"Mi querido Don José: No sabe cuanto siento, con toda mi alma, no poder estar presente en el día de hoy en nuestra querida Real Academia de Bellas Artes en el homenaje, merecidísimo, que le vamos a tributar. Mi ausencia se debe a la necesidad de estar a esa misma hora, representando a mi Casa, en otro acto del sector bancario, al que debo acudir como Presidente del Banco Urquijo. Esto me priva de la inmensa satisfacción

de escuchar de nuevo algunas de las tonadillas por usted recogidas a lo largo de su fecunda vida de trabajo y de investigación, que en su tiempo tanto me gustaron y que hoy hubiera gozado más oyéndolas que con el trabajo seco y frío de mi oficio. Sin embargo, no quiero dejar de asociarme con toda mi alma a este justo homenaje en el que se va a recordar la meritísima labor de toda una vida de trabajo dedicada por usted al servicio de la creación musical. Quiero felicitarle por ello con toda sinceridad y con la mayor amistad, y enviarle un abrazo muy estrecho, que significa mi afecto y mi admiración hacia su persona.—Suyo buen amigo y compañero— *Luis Bolarque* (rubricado)."

Aquí finaliza mi evocación necrológica de aquel amigo cuyas esquelas de defunción recordaban que había sido Embajador de España, Presidente de Honor del Banco Urquijo y Académico de Bellas Artes, y cuyo presente autorretrato epistolar atestigua un auténtico idealismo todo nobleza.